

## GLOSA DE LA CIUDAD DE LEBRIJA

**L**AS viejas crónicas afirman que fueron los fundadores de la villa los pobladores turdetanos. Tenía que ser así para que sus piedras supieran de las primeras pisadas en la ancha piel de toro. Lebrija nace con las primeras voces de España. Y su emplazamiento lo escogieron cuidadosamente para dar al lugar que había de ser cuna del constructor, que llevara como apellido su nombre, las características de su alto destino: cerca del mar. Como es nuestro sitio y nuestra obligación. Las marismas del Guadalquivir, el río que habría de conocer los viejos galeones, circundan la villa, que a lo largo y a lo lejos está abrazada por el monte y por el mar. Antonio de Nebrija supo joven del latín. Y de niño sus manos conocieron muchas monedas con bustos de césares y mosaicos bellísimos. Y el viejo maestro de la villa le enseñaría los orígenes romanos de los nombres, y le citaría a Silvio Itálico, que ya en su tiempo averiguó cómo los acompañantes de Baco dieron acento a la villa. En su lugar de natalicio, Antonio de Lebrija aprendió a ver antiguas estatuas de mármol que el cristianismo consagró para servir de imagen a la Virgen Santísima. La gran tarea de construir y dar forma al idioma, al castellano conquistador, se le impuso al gramático desde su infancia. No en vano por las cercanías podía otear el mar y saber que por los caminos de las olas había que llevar a las tierras ignotas las palabras precisas para explicar la doctrina de Cristo y dejar para siempre asentado

el principio civilizador de todo un continente. Y la villa de Lebrija parecía la elegida para ello. Era el mejor ambiente para el gramático y el arquitecto de la lengua. Allí aprendía cómo los árabes la llamaron Lebri-sah ; cómo cada cimiento descubierto servía para fijar la verdad de los vocablos y dar el mejor valor a las palabras. La vieja villa, con escudo ducal, sabía de conquistas y sabía también guardar entre su suelo las reliquias de los hallazgos. Fué conquistada a los árabes por Fernando III, y más tarde perdida, para ser recuperada por Alfonso X el Sabio, como si la Providencia hubiese querido que el Rey que hizo del castellano instrumento para crear la Justicia y la Historia fuese el elegido para su entrega definitiva. Era el recinto ideal para que la gran estrofa del idioma la hiciera uno de sus hijos, que aprendió a ver en los tesoros de su suelo, en sus templos del siglo XII—Santa María—y en su geografía la misión que le estaba reservada. El Imperio, que se hacía por las rutas del mar con la Cruz y la Espada, tenía una lengua eterna, a la que contribuyó, fijando y sujetando las palabras, un hombre amigo de los Reyes Católicos, nacido en la villa histórica de Lebrija, que bajo su castillo parece una cuna en donde se despertó el idioma que un día el César Carlos V definió como el propio de los dioses, y en el cual millones de hombres alababan al Dios único y verdadero por los siglos de los siglos.